

Sin embargo, no bastaba conocer la hora en que convenía probar fortuna, sino que era preciso esperarla. El Emperador recelaba que sus enemigos no tardarían en advertir que al elegir la isla de Elba obtuvo lo más, bajo apariencias de pedir lo menos; pues al concedérsela sin reflexión bastante, y llevados de las precipitaciones del momento, cometieron una imprudencia de que algún día se arrepentirían. Era preciso demostrar á Europa que se engañaba en semejantes suposiciones, que no era él hombre peligroso y que había desechado toda ambición. Era preciso que le olvidasen.

Entonces fingió achicarse resignadamente, y por oficios de la sangre italiana de que estaba mezclada su sangre corsa y por resabios de la astuta hipocresía de sus antepasados genoveses, disimuló durante un año, á cada momento. Entonces, más que nunca, justificó la invectiva de *¡Comediante!* que el Papa le lanzara en Fontainebleau.

Todas sus acciones y palabras en la isla de Elba tuvieron doblez de primer actor en escena, por la necesidad de conservar su libertad y su vida. Fingió tomar por lo serio su sanchopancina realeza, con los corrales, vacas, cerdos y cuantas rusticidades arrojara á la infinidad de menudas ambiciones que le rodeaban. En la medida posible, se proclamó rey satisfecho de su minúsculo pueblo. A todos decía que era feliz, y así lo inscribió en las paredes de su palacio. Hasta el último instante, encubrió lo real bajo lo fingido, empezó á planear el presupuesto del año y dió orden á Bertrand de que le preparase en Marciana la residencia de verano, mientras encargaba á Drouot la armada de la nave que lo había de transportar. Con esto demostraba su acostumbrada prudencia, en previsión de lo que inopinadamente pudiera sobrevenir. Si no surgía ningún obstáculo, la partida; en caso contrario, prolongación de la estancia, pero ambas alternativas debían estar aseguradas.

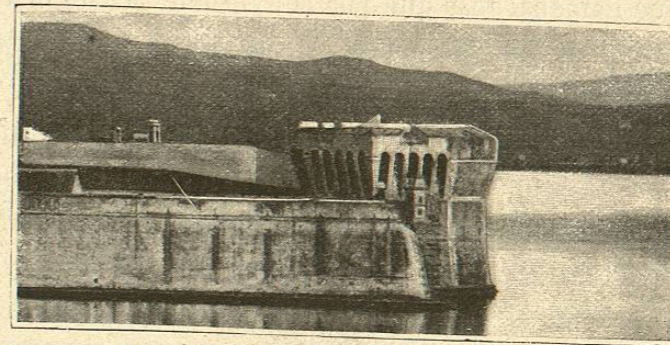
El único quiebro de sus esperanzas y cálculos fué el naufragio del *Inconstant*, no motivado por él ni por los hombres, sino por la naturaleza, que le había vencido en las estepas rusas, por el mar y el vien-

hacer de los Borbones lo que le pluguiera». Dificil parece averiguar si hubo conexión directa ó pura coincidencia entre la fecha de la llegada de Fleury de Chaboulon y la de las órdenes de partida, que el Emperador empezó á dar el 16 de Febrero. Ambas tesis pueden sostenerse; pero el Emperador, que no podía partir antes ni esperar á después, protestó más tarde de las afirmaciones de Fleury de Chaboulon.

to, que desde la dispersión de los debeladores de Troya hasta la de la Armada invencible, prevalecen contra toda previsión y pujanza humanas. Aquello fué como un simple aviso. Había dominado su voluntad, y con la comedia que en torno de él ofuscara todos los entendimientos, logró apaciguar momentáneamente los odios, como el aceite el furor de las olas (1).

* * *

Llegada la hora escogida, partió casi desarmado y desprovisto, precedido tan sólo de su nombradía y metida en el puño «la cabeza de Medusa», como llamaba á la Guardia. Para bien lograr la empresa era preciso inspirarse durante la marcha en las desconocidas circunstancias que de ella fueran surgiendo y en los



La torre Genovesa, sobre el canal de Porto-Ferrajo.

sucesos que sobrevinieran. No era caso de la matemática disposición de las tropas en batalla ni de estudiadas tácticas. Únicamente podía contarse con la audacia. Un plan preconcebido hubiera sido inútil, con riesgo de traición, mientras que limitando á lo estrictamente necesario los preparativos de marcha, no era tan fácil dar materia á la traición.

Al obrar de esta suerte, desvió el Emperador los múltiples reuelos que le vigilaban. Se sospechó en la complicidad de los berberiscos; á Stahremberg le sacaban de quicio los enganches de voluntarios en Toscana, pues según decía Mariotti, había 50.000 piamonteses y milaneses dispuestos á alistarse bajo las banderas del rey de Elba, en

(1) Nadie sospechó nada, pero después del desembarco en Francia, todos pretendieron haber descubierto una infinidad de combinaciones del Emperador. Pons supuso que la llegada de Walewska había tenido por objeto adormecer la vigilancia de Campbell (PONS DE L' H., p. 379), y Peyrusse llevó su candidez al extremo de creer que S. M. había ordenado á Taillade que echase á pique el *Inconstant* á fin de cohonestar la entrada de mayor cantidad de provisiones mientras se le ponía á flote. (PEYRUSSE, p. 268, 269 y 278.)

cuanto desembarcara; y Luis XVIII escribió sentenciosamente á Talleyrand: «No olvidemos que el único recurso de Bonaparte es Italia, por mediación de Murat, y que, en consecuencia: *Delenda est Carthago* (1).» Precisamente la única suposición que nadie hizo, fué la vuelta directa del Emperador á tierra de Francia con sus solos recursos; genial hazaña que tan sencilla nos parece hoy.

Así se descomponen y resuelven las distintas fases del llamado «problema de la isla de Elba».

La vuelta estaba prevista, era fatal, pero también estaba condenada de antemano y nada estable podía resultar de ella. Francia se atemorizó al ver de nuevo al hombre desde lejos deseado, y al que llamaba, más que por convicción, por espíritu de Fronda y por intimidar á los Borbones. Al recibirse la noticia del desembarco en el golfo Juan, la renta pública bajó siete enteros en veinticuatro horas y llenóse de pánico la Bolsa (2). Una postrera ráfaga de popularidad llevó al Emperador á París, y si Europa lo hubiese aceptado, de seguro que también el país, á falta de algo mejor. Pero Europa, que tantos esfuerzos hiciera para derrocarlo, no podía lógicamente admitir de nuevo en el trono á quien acababa de dar tan manifiesta prueba de su temible genio é indomable audacia. Europa se sublevó contra él, y á la primera derrota lo derribó definitivamente. La desangrada Francia, en donde no quedaban más que inválidos, en donde las doncellas no encontraban maridos, ya no tenía hombres que entregar á la carnicería de las batallas. Su obra estaba cumplida y el corazón del país no palpitaba al unísono con el suyo. Así lo comprendía él, como también sabía que, según Fouché decía descaradamente, era «un personaje gastado» (3).

Cansado de veras, querrá, después de Waterloo, acabar sus días en el reposo de un retiro modesto y apacible. Volverá á pensar en Córcega ó en América, pero nadie le creerá ya; y los ingleses, á quienes

(1) MARIOTTI á TALLEYRAND, 15 de Noviembre de 1814; LUIS XVIII á TALLEYRAND, 10 de Diciembre.

(2) Renta del 5 %: el 6 de Marzo abrió á 77 frs.; el día 7 á 70 frs. (*Monitor* del 7 y 8 de Marzo). Repuesta algún tanto, no pasaba de 50 frs. el 19 de Junio; y el 21, al recibirse la noticia del desastre de Waterloo, subía á 55 frs. El 23 de Junio estaba á 57 frs., y el 30 á 66 francos.

(3) *Memorial de Santa Elena*, 20 de Mayo de 1816; FOUCHÉ, t. II, p. 303.

tratará de lisonjear poniéndose en sus manos, furiosos de haber sido engañados por él y sospechosos á las demás naciones de haberle dejado salir de la isla de Elba á sabiendas, ó por imprevisión, le deportarán á 1.600 leguas de Europa, á Longwood, en donde añorará su mediterránea isla diciendo: «Todo es relativo en este mundo. La isla de Elba, que tan mala me parecía el año pasado, era un lugar deleitoso en comparación de Santa Elena, que muy bien puede desafiar futuros pesares (1).»

Podría consolarle el pensamiento de que los Borbones le hubieran fusilado, y como los hechos se explican unos á otros, resulta que el pulcro aunque torpe Campbell, ridículamente mixtificado, cohonesta y explica á Hudson Lowe.

* * *

Cuando el 28 de Febrero desembarcó Campbell en Porto-Ferraio, á donde le condujo la corbeta inglesa, sobrecogióle cierto presentimiento al ver que el *Inconstant* no estaba en el puerto, y preguntó ansiosamente si aún permanecía Napoleón en la isla. Respondieronle que el Emperador estaba de excursión marítima y que tal vez lo encontraría en Pianosa. Preguntó después por el general Bertrand y le dijeron que acompañaba al Emperador. Preguntó luego por el general Drouot y nadie supo en dónde estaba. Campbell comprendió que se burlaban de él. A través de la desierta ciudad, en cuyas calles no se descubría ni una gorra de pieles, subió á los Molinos. No había nadie. Fué á casa de Leticia, y recibido por Paulina, interrogóla bruscamente, intimándola á decir qué camino había emprendido su hermano. Paulina le recordó los deberes de la buena educación, y le dijo que no sabía una palabra. Fuése entonces Campbell á casa de la generala Bertrand y trató de asustarla asegurando que el Emperador había caído prisionero con cuantos le acompañaban. Mme. Bertrand palideció, pero nada dijo. El contrariado semblante de Campbell la tranquilizó.

Preguntó quién mandaba en la isla, y le enviaron al señor Lapi,

(1) *Memorial de Santa Elena*, 20 de Febrero de 1816.

presidente de la Junta de Gobierno nombrada por el Emperador (1). Campbell le declaró que tomaba posesión de la isla en nombre de Inglaterra, y que, sin demora, ocuparía la ciudadela un destacamento de marineros de la corbeta inglesa. El señor Lapi respondió que la isla de Elba pertenecía á Napoleón; que la milicia nacional elbense, puesta sobre las armas, la defendería de todo ataque, y que si la corbeta intentaba desembarcar sus tripulantes, la ciudadela dispararía contra ella. Campbell regresó á bordo.

¿Qué pensar en tal caso? Tal vez el Emperador estaba oculto tras Caprera para caer sobre Liorna, con objeto de proveerse de tropas y municiones. Campbell viró hacia Caprera, cuyos habitantes nada habían visto. Por otra parte, despachó un correo al cónsul inglés de Sicilia, con las señas de la flotilla imperial y la lista de tropas embarcadas, que sus espías de Porto-Ferraio le proporcionaron. Suplicaba de paso al cónsul que transmitiera con urgencia dichos informes á la escuadra inglesa del Mediterráneo, para que apresara á Napoleón, si por acaso había huido hacia el Sur. Después partió Campbell nuevamente para Caprera, y cuando llegó á Antibes, ya estaba el Emperador en Grenoble (2).

Durante la campaña de 1815, Campbell se incorporó á las filas del ejército inglés; estuvo en Waterloo, y nombrado en 1825 gobernador de Sierra Leona, murió á los dos años, de resultas del pestífero clima de aquella colonia.

El 1.º de Marzo terminó Paulina sus preparativos de marcha, y el 2 salió de la isla en dirección á Luca, en donde pensaba encontrar á su hermana Elisa. Cayó enferma al desembarcar en Viareggio; y una vez restablecida, marchó á Nápoles, en vista de que su quebrantada salud requería los benignos climas meridionales. Antes de separarse de su hermano, le dió un puñado de diamantes para subvenir á los gastos imprevistos de la expedición. En ocasión de la lucha decisiva, le envió parte de sus alhajas, halladas luego en los furgones del Emperador en Waterloo. Fijó su residencia en Roma y después se re-

(1) Esta Junta provisional, nombrada por el Emperador horas antes de su partida, estaba constituida por el vicario general Arrighi, el intendente Balbiani, el alcalde Traditi, el chambelán Vantini y los señores Senno y Bigeschi, bajo la presidencia de Lapi, administrador del real patrimonio. (PONS DE L'H., p. 382; MARCHAND, p. 166.)

(2) CAMPBELL, p. 229 á 235, y edición inglesa, p. 381; MARCHAND, p. 169.

concilió con su marido, el príncipe Borghese, en cuyos brazos murió en Florencia, el 9 de Junio de 1825, á la una de la madrugada. Dispuso que se le tapase la cara en cuanto falleciera y que no profanase su cuerpo el escarpelo del cirujano (1).

El 5 de Marzo consignaba Leticia sus muebles á Roma, y en la segunda quincena del mismo mes se embarcó para Nápoles, de donde pasó á Francia, y el 1.º de Junio se reunía en París con su hijo, ya repuesto en el trono. Pocos días después, le daba el postrer adiós en la Malmaison. El gran trágico Talma, testigo ocular de la despedida por su carácter de guardia nacional, vió correr dos lágrimas por el enérgico semblante de la que en su retiro de Roma vistió perpetuamente de luto, y soñaba armar una escuadra que, á través del océano, fuese á liberar á su crucificado hijo. Como robusto tronco le sobrevivió «la dolorosa madre», é inútilmente reclamó á Inglaterra los restos del difunto, pidiendo que «el odio no se dilatase más allá de la tumba». De resultas de una caída en los jardines del palacio Borghese, quedó impedida, y más tarde, ciega. La muerte, que parecía no acordarse de ella, la dejó vivir hasta edad lo suficientemente avanzada para saber que la estatua del Emperador volvía á erguirse sobre la columna del Gran Ejército. El 2 de Febrero de 1836, á los 85 años cumplidos, falleció en Roma, legando su corazón á la ciudad de Ajaccio (2).

La condesa Walewska estaba en la corte de Murat cuando, en un baile, recibió del mismo Napoleón la noticia de su vuelta de Elba (3). Walewska voló á París y reunióse con su coronado amante, pero después de la marcha del Emperador á Santa Elena se creyó libre, pues su marido, el conde Walewski, había muerto en 1814, y en 1816 se casó en Lieja con el general Ornano, primo del Emperador y ex coronel de dragones de la Guardia. La noticia de este matrimonio fué uno de los últimos sinsabores del prisionero de Longwood. ¡La mujer á

(1) MARCHAND, p. 170; CONSTANT, t. I, p. 208; LARREY, t. II, p. 108, 129, 159, 297, 308 y 309.

(2) LARREY, t. II, p. 105, 111, 117, 123, 127, 130, 159, 266, 267, 355, 359, 362, 373, 434, 484 y 492; *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 108; *Memorial de Santa Elena*, 19 de Mayo del año 1816; *Memorias de Mlle. Cochelet* (París, 1838), t. III, p. 172.—86 años, si se toma el 24 de Agosto de 1749 por fecha de su nacimiento.

(3) El Emperador perdonó á Murat, conminándole á permanecer tranquilo y no cometer imprudencias. (*Memorial de Santa Elena*, 7 de Febrero de 1816; *La isla de Elba y los Cien Días*, p. 137.) Sabido es que Murat no siguió el consejo.